

EL HOMBRE QUE ENTREGÓ EL MUNDO por William Lee

*'I gazed a ghastly stare at all the millions here...'*

David Bowie, *The man who sold the world*

Empezó de una manera muy sencilla. Como siempre, como todo. Muy temprano a la mañana subí al colectivo que habría de llevarme fatigosamente hasta el otro extremo de la ciudad. Me esperaba más de una hora a bordo. Yo solía llevarme algún libro o escuchar algo de música: no podía permitirme quedarme dormido. Al principio estaba colmado de gente pero gradualmente fueron bajándose; estaba acostumbrado a eso, a aguardar algunos minutos para finalmente sentarme. Desde mi nueva óptica, antes de sumirme en la lectura de algún autor de novelas policiales poco célebre, eché una mirada a mi alrededor. Allí le vi: don Augusto Vargas, otrora diputado nacional, entonces retirado de la política desde hacía unos años.

Tenía un aspecto lúgubre, ciertamente, pero yo bien sabía que juzgar la apariencia de una persona tan temprano a la mañana acarreaba un importante riesgo de error. Aún cuando nunca me había interesado la política, conocía bastante acerca de Vargas. Quién no, si se había labrado fama de político honesto y eso no era poca cosa. Siempre había encabezado la lucha contra toda sonora injusticia, siempre se había mantenido al margen de todo escándalo, y nunca había mostrado reparos en repudiar los excesos y las falencias de sus pares. Su reputación había sido siempre intachable, y hasta había abandonado su carrera (precozmente quizá, considerando que no pocos se mantienen firmes en su propósito de apropiarse del capital del pueblo hasta la muy avanzada vejez, y él apenas rondaba entonces los sesenta) como muestra de solidaridad para con ciertos miembros de su bloque oportunamente

envueltos en un entramado turbio. Por supuesto que él no había tenido participación alguna, pero su fe en sus principios (y en los de su partido) era tal que juzgó conveniente la determinación.

Poco se sabía de su vida posterior a la política. Había sido siempre tan recatado que los medios de prensa no le consideraban un blanco provechoso. Y ahí estaba ahora: a las seis y media de la mañana en un colectivo, con rumbo indefinido. Lo estudié por escasos segundos. La iluminación del ambiente no era verdaderamente útil para ello pero al menos así parecía algo demacrado, su tez gris, sus ojos ojerosos de párpados cansados.

Me abstraí al fin, pero la novela en cuestión –en aquellos minutos al menos- me inspiró menor interés que el propio Vargas y la intriga acerca de su destino me resultó más atrapante que la de las páginas del libro. Conforme la gente fue descendiendo quedamos solalmente él y yo, separados por una distancia de pocos metros. Pasaron un par de minutos hasta que él advirtió que yo le estaba mirando, y ni siquiera se inquietó.

-El señor Vargas, ¿verdad? –esbocé. El asintió ligeramente con su cabeza. Supongo que un vulgar treintaño con ropas de enfermero, a las seis y pico de la mañana en un colectivo, no es una fabulosa invitación al diálogo. Me tomé el atrevimiento de acercarme pero guardé la cuidadosa distancia de un asiento de por medio.

-¿Cómo está usted? –proseguí-. No se lo ve mucho en público últimamente.

Pero él no contestó nada. Tal falta de consideración en un antiguo servidor del pueblo me pareció algo incongruente, pero opté por disculparme por importunarlo y retomar la lectura. No obstante noté luego, atisbando de reojo, que era él quien me miraba. Habrá intuido seguramente, vista mi vestimenta, que me dirigía yo hasta el hospital que quedaba aún considerablemente lejos. Habrá calculado que le alcanzaba el tiempo, y entonces fue él quien habló.

-¿Quiere que le cuente algo? –fueron sus exactas palabras. Yo desconocía por completo qué habría de ser aquel “algo”, pero más no fuera por sortear esa primera, incómoda barrera social, le permití hacerlo.

-Todo empezó de una forma muy simple, como siempre –comenzó, cansinamente, como si aquello que se aprestaba contar fuese una especie de necesidad íntima pero involuntaria y trabajosa.

-Con un huevo.

Le contemplé asombrado.

-Un simple huevo. Bueno, no tan simple. Era en verdad un huevo de dimensiones poco habituales, no uno típico de gallina.

-Ajá...

-Lo vi por primera vez una mañana, entre las plantas en mi jardín. En estos años de retiro he cultivado mi afición por la jardinería, es algo que me resulta muy placentero. Bueno, le decía: apareció un día un huevo. Se imaginará tal vez que mi primera duda fue si acaso debiera tirarlo o no. Decidí conservarlo. Lógicamente no tenía una avanzada noción de qué cuidados habría de requerir. Esto fue hace tres meses –agregó, y diré ahora, tarde, que nuestro encuentro aconteció en septiembre- así que supuse, cuanto menos, que sería bueno protegerlo del frío. Lo coloqué en un recipiente acolchado con una toalla, al calor de una pequeña estufa de cuarzo que tengo en el cuarto de baño.

“Tenía el hábito de estudiarlo a diario, pero en el término de una semana no había pasado nada, o nada que yo pudiera percibir. Lo observé al trasluz pero era muy opaco. Lo agité ligeramente pero no se oía nada revelador. Pensé en precipitarme a romperlo, pero opté luego por aguardar unos días más. Entonces ocurrió.

-¿Ocurrió... qué?

-Se rompió. Se abrió.

-Ah... –exclamé, sin saber verdaderamente con qué aire acompañar la exposición de Vargas.

-A partir de aquí usted encontrará esto estúpido y risible, a menos que ya lo esté considerando de tal modo. No me importa. No espero que me crea. Simplemente creo que debo contarle. A alguien, a cualquiera.

Pensé en excusarme, en prometer atender con severidad al contenido de su relato, pero advertí que era en vano. Poco le interesaba a él lo que yo opinara.

-Era una especie de reptil, muy pequeño claro. Mediría, al principio, cuatro o cinco centímetros. A mí me resultó sinceramente desconcertante. Nuevamente no sabía qué hacer al respecto. Supuse entonces que podía familiarizarse con el entorno del jardín, encontrar allí algo que lo nutriera, sentirse más a gusto. Así fue que durante días lo dejé explorar libremente mi cuidado espacio, mientras que toda vez que yo salía lo dejaba dentro, en el hábitat que yo le había diseñado, consistente en una pecera con algo de arena, una pequeña plantita y un cubo con agua.

“Pasaron un par de semanas más en esas circunstancias. Una mañana, al regresar de mi habitual caminata, advertí que no estaba en la pecera. Sé que esto le resultará ridículo pero le encontré entonces en mi estudio. Recién allí comprobé que su tamaño se había incrementado ya en buena medida. Y más extraño fue advertir que andaba paseándose por encima de unos libros que habían quedado ocasionalmente abiertos sobre mi escritorio.

“Lo miré, absorto. Para este momento el aspecto que tenía era una mezcla de lagartija pero con el torso bastante más desarrollado, y la cabeza ahora había cambiado un tanto su forma, como si fuese incorporando caracteres físicos de una persona. Nada dije. Qué podía decir, verdad, si no tenía la más remota idea de cómo comunicarme. Lo cierto es que pasó una nueva semana y su crecimiento fue impactante: mediría ya unos cincuenta centímetros. Entonces tenía ya una mata de pelo que le cubría casi completamente. Era un vello firme y

rizado. Con el correr de los días yo fui, digámoslo así, ajustando la rutina a sus intereses. Esto es, así lo dejaba andar por el jardín como lo paseaba por mi estudio. Y para aquel momento también había yo comenzado a interpretar ciertas actitudes, ciertos gestos. Y toda vez que me miraba fijamente con sus ojos verdosos en ese rostro velludo y aún informe, yo sabía que tenía avidez por más textos. Así la cosa, yo disponía varios libros abiertos en el piso y él los recorría a su antojo, pasando velozmente las páginas con unas largas uñas que –advertí también oportunamente- gradualmente se iban encogiendo. Tenía una capacidad de aprendizaje increíblemente vasta.

“Sentí, lo confieso, un grosero temor el día que le oí hablar por primera vez. Estaba yo leyendo el diario en mi dormitorio –años atrás, cuando mi querida esposa aún vivía, yo hacía esto en el comedor, desayunando con su compañía; ahora me queda la calidez de las frazadas únicamente. Le decía que estaba yo en mi dormitorio, con la puerta cerrada, cuando oí al otro lado una suerte de quejido gutural que, en cuanto uno afinaba el oído y se esforzaba, dejaba escurrir algunas palabras perfectamente articuladas. Salí precipitado; seguí el sonido hasta el estudio. Le encontré inclinado sobre sus patas traseras en la atenta contemplación de un libro –tal era su pose habitual. Cuando advirtió mi presencia volvió a recitar lo que parecía un pasaje de uno de mis muchos libros de derecho. Cada vez que hacía esto me miraba inmediatamente después como si buscara mi asentimiento, como si esperara alguna necesaria corrección.

“Debo admitir, por bizarro que luzca, que no habiendo tenido yo hijos esta impensada etapa de crianza y educación me resultaba en algún punto estimulante. Y lógicamente satisfactoria: él aprendía velozmente. Digo él porque ya había empezado a desarrollar una suerte de brote de genitales externos. Habían pasado ya no sé cuántos días desde que yo le descubriera, y la criatura tenía ahora unos ochenta centímetros de altura y rasgos bastante definidos de ser humano, con excepción del rostro todavía inacabado. Entonces yo ya le había

provisto algunas vestimentas, considerando que algún vecino pudiera verle eventualmente andando por el jardín –si bien mi hogar está bastante alejado de los más próximos; está bastante alejado de todo.

“Una semana más que pasó y él ya había pulido en buena medida su voz, y parte del vello que cubría su cara había comenzado a desprenderse. Ya había corregido perfectamente su andar, que inicialmente –me disculparé por no haber comentado esto antes- era a modo de saltos, a menudo apoyándose en sus cuatro miembros, y después había devenido en largas zancadas, y ahora al fin era una fiel imitación del mío. Su habla abarcaba ya una inconmensurable cantidad de vocablos, algunos bastante técnicos, otros más comunes. Si acaso se lo está preguntando, hablábamos de cuestiones generales. Él siempre deseaba conocer mi opinión acerca de algo y luego agregaba su propia postura. Con el correr de los días, advertí extrañado, los temas fueron tornándose progresivamente más profundos, más filosóficos. Yo me había hecho la idea de que en cuanto surgiese el inevitable *de dónde venimos* tal vez entonces él aportase a dilucidar la incógnita que a mí aún me embargaba. Y sabe qué, así fue exactamente.

-No me diga... –acoté, en un tono que no reflejaba seguramente demasiada credulidad.

-Ya entrada una noche, cuando yo me disponía a acostarme... Diré de paso que él respetaba mis horas de sueño, sin que yo supiese verdaderamente qué hacía él entonces. Pero siempre mantuve la sospecha de que él no dormía. Esa noche, vuelvo atrás, él dijo que tenía algo para mostrarme. Cansado como estaba, no pude negarme, así que lo seguí hasta mi estudio. De algún rincón de una de las varias bibliotecas sacó un telescopio que para mí era entonces un lejano recuerdo de mis pasatiempos de adolescente. Lo ubicó junto a la ventana y lo calibró diestramente. Me invitó luego a observar y todo cuanto pude apreciar fue una especie de estrella, como un nebuloso destello de luz. “De allí vengo”, anunció escuetamente. Agregaré que, muy respetuoso siempre, él se dirigía a mí como *doctor*.

La aclaración se me antojó cómica pero Vargas estaba serio como siempre. Y como siempre calmo, sin inmutarse, sin perder el control.

-Entonces –retomó, pero pareció como si le costase continuar- entonces agregé que había algo más que tenía que decirme. Yo lo miré, creo, con un aire torpemente paternal. Y él, que para aquel momento ya medía un metro y unos cuarenta centímetros, y había desarrollado hasta las facciones de un hombre joven y moderadamente apuesto, me dijo lo siguiente, creo que podré evocar sus propias palabras: “nosotros, doctor, somos el fin de ustedes. Sencillo como suena. Venimos migrando, desde hace largo tiempo, lo que ustedes llaman años luz. Venimos habitando espacios distantes sucesivamente, instalándonos en todo rincón que nos permita sobrevivir, que nos ofrezca el mínimo de recursos necesario. Como éste. Nos mimetizamos, ya lo ve. Rápidamente. En poco tiempo, en meses, en un año, podemos desplegar nos por muchos rincones, podemos multiplicarnos con igual velocidad; uno solo de nosotros puede dar vida a una decena; los nuevos seres pueden engendrar otros en apenas días; requerimos pocos nutrientes para subsistir. Y ya lo sabe usted, basta con un puñado de semanas para que exhibamos todas las características de uno de los suyos, para que nos expresemos como ustedes, para que nos confundamos *entre* ustedes. Para que, eventualmente, los aniquilemos sistemáticamente. Todo esto, por supuesto, si contamos con la involuntaria complicidad de seres que no nos destruyan al principio”.

“Para ese entonces mi rostro estaba surcado por el terror. Si buena parte de lo que refería él era cierto, y yo lo había constatado personalmente, entonces porqué no habría de ser cierto el resto, por increíble que pudiera parecer.

“Pero... ¿por qué?, exclamé, y ya alguna lágrima se escurría por mis ojos, y mi tono estaba francamente afectado. No obstante estos seres no conocen de prosodia, sabe, del énfasis en las palabras. Pudiera ser una clave para reconocerlos, pero qué sentido tiene tratar de advertir esto a la gente. Lo cierto es que confundió mi lamento desgarrador y retórico con

un mero interés por sus motivos. «Los detalles serían morbosos», me contestó entonces, «pero usted ha sido extremadamente amable, así que vamos a ahorrarle el pavor y el sufrimiento. Hoy me marcharé. Mañana estaré adecuadamente oculto, en algún lugar en donde pueda continuar con la tarea. Mañana mismo habrá diez más, y en meses el crecimiento será exponencial. Pero seré, verá usted, igualmente atento, igualmente cortés. Usted no ha de ver nada, no ha de sufrir nada. El día que usted, por los caminos naturales, abandone este mundo, entonces todo será una cuenta regresiva hasta que alcancemos el debido número y podamos ejecutar el plan. Pero nada impedirá que usted viva plácidamente hasta su providencial fin».

-Plácidamente dijo –acotó Vargas. De nuevo quise reír, pero sus ojos humedecidos detrás de sus anteojos me contuvieron.

-Debo decir que es una historia muy original –dije, al tiempo que busqué orientarme, no fuera cosa que por prestar tanta atención al relato me pasase mi destino.

-Es curioso, ¿verdad? El político honrado –acotó, con un ligero dejo de sarcasmo-. He sido fiel a mi partido y sus premisas. He sido por años un celoso defensor de la voluntad del pueblo. Y ahora...

-Ahora tengo que bajarme –agregué, secamente.

Y allí lo dejé, mirando melancólicamente a través de la ventanilla. He desarrollado con el tiempo (mi profesión en alguna medida lo requiere) una relativa insensibilidad hacia todo drama humano. El *asunto Vargas* se me antojaba entonces apenas grotesco.

Pasaron unos pocos meses. Cinco para ser concreto. Un día amanecí algo desorientado, con la vívida imagen de un reciente sueño en la que todo cuanto había era el pobre Vargas sentado en el último asiento de un colectivo, solo, contemplando lánguido el paisaje a través del cristal. Aquel paisaje natural que pronto quizá escaparía de sus posibilidades. Digo esto porque ese mismo día, años después (supongo) de su última aparición mediática, Vargas

volvió a ganarse un espacio en los periódicos –lo advertí mientras almorzaba ligeramente en el bar del hospital. El motivo era una enfermedad cardíaca que le descompensó súbitamente y que aún hoy, pasadas ya dos semanas, lo mantiene postrado en la unidad de cuidados intensivos de una clínica privada.

*Todos estos días han sido extraños.*

Hace, creo, una semana vi unos chicos extrañamente peludos que corrían buscando refugio por un callejón.

Tres o cuatro días atrás me despertó en medio de la noche una suerte de aullido espantoso que jamás en mi vida había oído. Nadie en mi edificio tiene ningún animal doméstico (menos aún uno exótico, capaz de un sonido tan peculiar). Al día siguiente vi en las caras de algunos vecinos ojos atemorizados que quién sabe qué habrán visto.

Hoy el cielo me parece asombrosamente bello. Desde ayer está inusualmente tormentoso y los tonos púrpura que asoman aquí y allá detrás de las nubes tienen una luminosidad admirable. Alguna fibra poética hasta ahora desconocida se ha estremecido dentro mío. El habitual canto de una indiscreta vecina en la bañera, que otrora me molestaba, se me antoja ahora conmovedor.

He dejado de ir al hospital hace días. Dedico las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde a contemplar deslumbrado el firmamento, siempre acompañado de alguna suave melodía a tono. El resto del tiempo, las noches sobre todo, salgo a caminar o me quedo en casa abocado a ciertos ejercicios saludables: he comenzado a releer algunos cuentos que años atrás supieron maravillarme. He vuelto también a ver alguna película que tiempo ha supo arrancar lágrimas de mis ojos insípidos.

Van dos semanas y los médicos han dicho que la situación de Vargas es irreversible.